

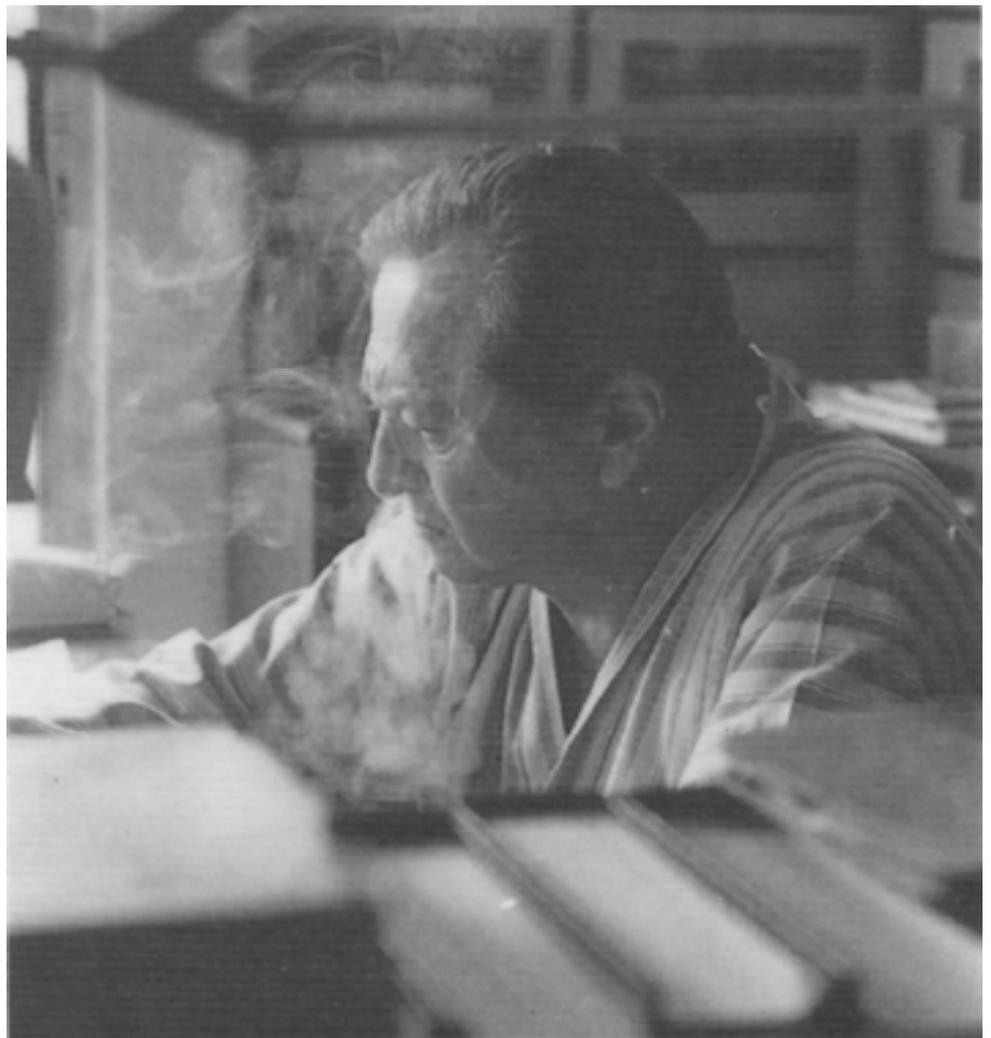
Ricardo Garibay de cuerpo entero

Ignacio Trejo Fuentes

Pese a la importancia de la obra de Ricardo Garibay y a que siempre estuvo presente en librerías cobijada por editoriales prominentes, la crítica especializada puso muy poca atención en ella, acaso una reseña por aquí, una nota por allá pero, por ejemplo, no conozco libro dedicado a su análisis. ¿Las razones de ese aislamiento, del ninguneo? Quiero creer que en parte se debió al difícil carácter de Ricardo, quien solía despotricar contra todo, pelearse con todos a la menor provocación o aun sin ella: al final de su vida se quedó con escasísimos amigos —y lo lamentó en algunas entrevistas—: ¿quién quiere ocuparse de los libros de un “enemigo”? Lo mejor es el silencio.

La obra del hidalguense comprende cuento, novela, crónica, ensayo, memorias, textos periodísticos, teatro y guiones cinematográficos, y su volumen es abrumador, por lo que la ausencia de crítica es doblemente notable. No fue sino hasta que CONACULTA, Océano y el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo unieron esfuerzos para reunir en diez nutridos volúmenes la obra completa del autor y al mismo tiempo establecer estudios serios de la misma, cuando ese vacío comenzó a resanarse. Cada tomo abre con un ensayo general escrito por Vicente Leñero y en seguida ofrece uno particular sobre el género en cuestión: si se reunieran en un libro aparte, esos textos constituirían el mayor estudio de la obra de Ricardo Garibay.

El primer volumen está dedicado al cuento y va precedido por un ensayo de Manuel Gutiérrez Oropeza. Aunque sé del riesgo que eso implica, considero que el cuento es, junto con el teatro, la parte menos lograda de Garibay, y no precisamente porque carezca de calidad sino porque al haber sido sus primeros pasos en la na-



rrativa aún no encontraba su propia voz, su temática era asimismo tan dispersa como volátil, así sea que en sus textos iniciales de ese tipo pueda atisbarse lo que sería uno de sus méritos mayores, el enorme, indiscutible poder verbal. No obstante, entre el cúmulo de cuentos es posible encontrar piezas magistrales, esencialmente las de tema amoroso, los hechos para niños o los de factura fantástica. Quizás el riesgo de no considerar esa veta como lo mejor del hidalguense se atenue si consideramos que él mismo dejó inéditos muchísimos relatos y

sólo fueron publicados, tras su muerte, en el volumen diez de las *Obras*.

El segundo y el tercer tomo reúnen las novelas de Garibay, con textos introductorios de Agustín Ramos y Anamari Gomís, respectivamente. Es evidente que el espacio amplio favo rece al autor y debemos recordar que su trabajo inicial en ese rubro, *Beber un cáliz*, fue considerado por la crítica como una breve obra maestra, que sin duda abrió al autor las puertas al primer mundo de las letras nacionales. Es un ajuste de cuentas con la figura de su autorita-

rio y feroz padre, el equivalente narrativo, dicen algunos, de "Algo sobre la muerte del mayor Sabines" el célebre poema de Jaime Sabines. Las novelas siguientes de Ricardo Garibay fueron *Bellísima bahía* y *Lo que es del César*, la primera, tal vez uno de sus ejercicios menos felices, contiene ya, sin embargo, la herramienta fundamental de este escritor: su finísimo oído y la capacidad de registrar en forma impecable los giros más audaces del habla de los protagonistas: tan sólo esos elementos dan vida a una serie de sucesos más bien intrascendentes ocurridos en Acapulco (su obra cumbre sobre ese puerto es la crónica que publicaría, con ese nombre, muchos años después). *Lo que es del César*, más que una novela como afirman los editores desde su edición original, es en realidad la reunión de noveletas surgidas de guiones cinematográficos: *Mlucos*, por ejemplo, dio pie a una de las películas mexicanas de mayor éxito de taquilla. Pese a todo, se advierte en esos textos a un narrador maduro, nada titubeante, cuyas historias atrapan al lector de principio a fin, como mandan los cánones. *Par de reyes*, que me parece una de sus mejores novelas no sólo de México sino de Iberoamérica, se hizo a partir del guión *Los hermanos del Hierro*. Qué capacidad de Garibay para sostener tantas páginas con igual tensión y pasión, qué dominio del lenguaje culto y popular: otra vez deslumbran su oído y su capacidad de recreación, su espléndida factura de escenarios y atmósferas. Recuérdese que la trama se finca en la vida aventurera de dos hermanos, pistoleros de lo mejor, forzados por su madre a vengar el crimen cometido contra su esposo y padre de aquéllos, misión que los hace criminales viviendo a salto de mata un número impresionante de aventuras, entre las cuales sobresalen las intrigas amorosas.

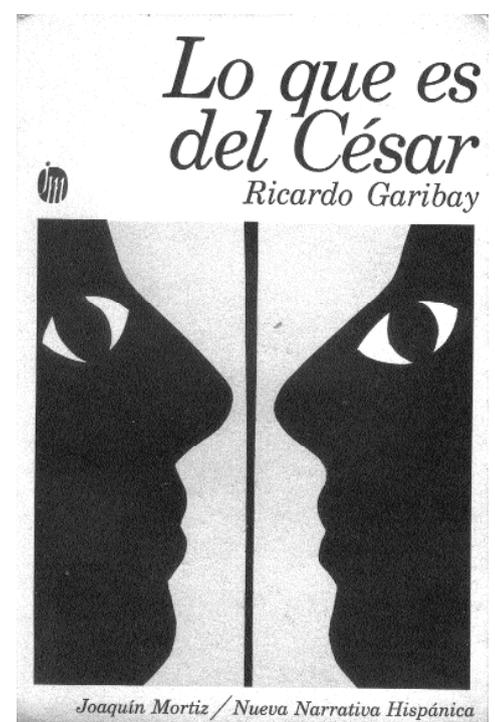
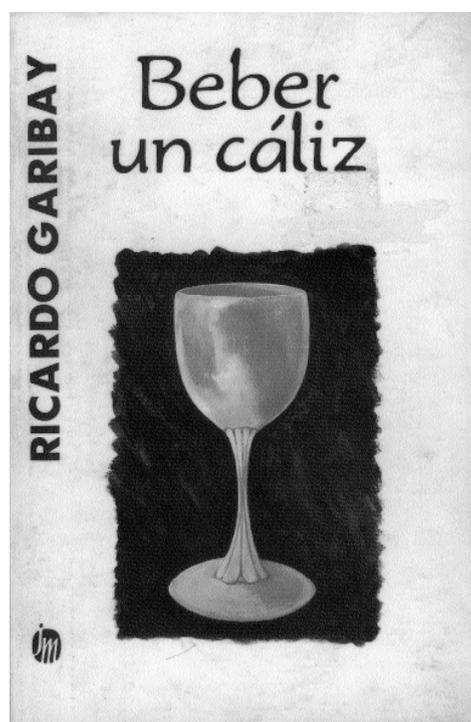
Taib es una novela breve, de corte fantástico, asunto que inquietó al escritor a lo largo de su vida. El protagonista narrador da cuenta de sus encuentros con una sirena prodigiosa y, por sujetarse al género al cual pertenece, resulta si no aburrida, demasiado lenta. En cambio, *Triste domingo* se sitúa entre las mejores novelas de Ricardo, porque explora como no se había hecho en nuestro medio las relaciones de un hombre viejo con una jovencita con aspi-

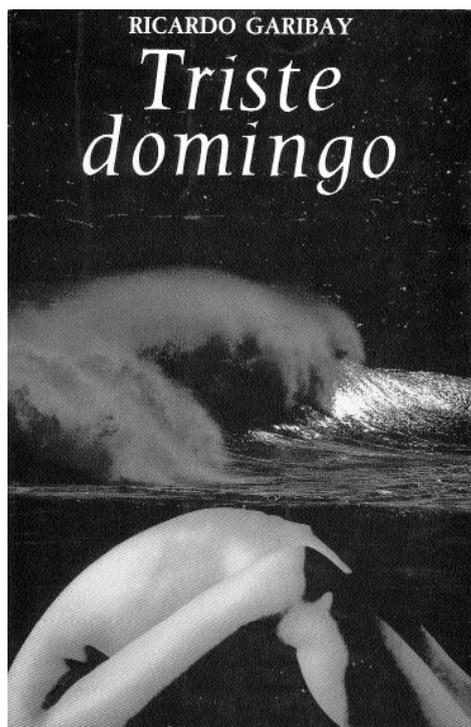
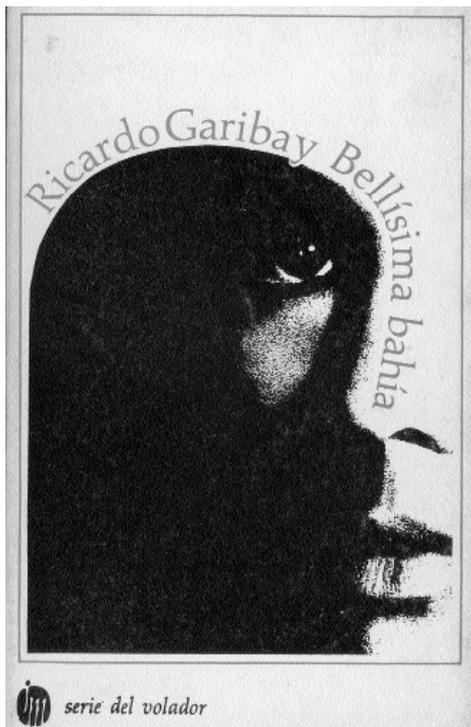
raciones artísticas, la que comparte con un estudiante con pinta de pobre diablo. El triángulo resulta estremecedor y ratifica el profundo conocimiento que el hidalguense tuvo del espíritu humano. Es un libro fundamental en su producción. Otro tanto es *La casa que arde de noche*, urdida para recrear las pasiones desatadas en el desierto norte del país cuyo epicentro es un burdel y sus criaturas: obra maestra de Ricardo. *Verde Maira*, *Trío*, *El joven aquel* y *Lía y Lourdes* son noveletas que nos muestran el *alter ego* de Garibay: él es su personaje.

Aquí es necesario enfatizar. No sólo en las obras mencionadas al último, sino en un altísimo porcentaje, él es su propio protagonista. Vida y literatura van de la mano, y por eso sus obras están vivas, sacudidas, conmocionan. En ocasiones, como en *Triste domingo* y *Verde Maira*, el escritor se disfrazaba, trata de enmascararse en un millonario todopoderoso o en un viejo periodista, mas no cabe duda de que Ricardo Garibay está ahí. Y debo agregar: los volúmenes que contienen las memorias y las crónicas del autor están protagonizadas y contadas por él mismo: *Nuestra Señora de la Soledad en Coyoacán*, *Sahagún*, *Las glorias del gran Púas*, *Acapulco* (volúmenes cuarto y quinto, con textos introductorios de Eduardo Mejía y César Güemes). Ya no necesita ocultarse, y al contrario, Ricardo esplendece para que lo vivido y narrado reesplandezca. Otras

crónicas (*De lujo y hambre*, *Chicoasén*) operan en el mismo sentido: Garibay es Garibay, y qué bueno, porque vaya que vivió cosas interesantes. Y qué decir de las memorias: *Cómo se pasa la vida*, *Lo que ve el que vive*, *Fiera infancia y otros años*, *Cómo se gana la vida*, *De vida en vida* (tomos seis y siete, con prólogos de Juan Domingo Argüelles y Josefina Estrada), en ellas tenemos a un autor en plenitud narrativa. Observador insaciable, es un cronista incomparable y sin remilgos puedo asegurar que ha sido uno de los mejores de México (tierra de cronistas memorables) y de muchas partes: los estudiantes de periodismo, los periodistas mismos, deberían tener el trabajo del hidalguense en esa materia, entre sus textos obligados. Véanse por ejemplo sus crónicas de viaje: obras maestras, donde se conjugan el periodismo y la literatura narrativa de la mejor manera.

El octavo libro de la serie recoge textos variados de Ricardo Garibay precedidos por un análisis de Froylán López Narváez. Son, en realidad, textos periodísticos en los cuales el autor desliza sus vivencias como estudiante, burócrata, guionista, escritor, periodista, mujeriego, bohemio, amigo de políticos prominentes; sus lecturas favoritas, sus preferencias musicales y pictóricas; en fin, una miscelánea que echa luces sobre la ya mencionada intensa vida del hidalguense.





El tomo número nueve es de lo más interesante, pues recoge sus experiencias en el teatro: el núcleo de éste son las mujeres, y a decir de Vicente Leñero, no tuvieron el mismo éxito que sus textos narrativos porque el autor las concibió para ser leídas antes que para ser representadas. Y aunque conoce las técnicas de la dramaturgia, se advierte de inmediato que eso no es su fuerte: sus lectores no padecen taquicardias ni descorazonamientos si no las leen. En cambio, en el mismo volumen prologado por Víctor Ugalde se ofrece el largo y fecundo paso de Garibay por el cine en su modalidad de guionista: hizo alrededor de sesenta guiones, muchos de los cuales fueron llevados a la pantalla. Destaca el hecho de que Garibay sabía perfectamente que ese oficio era sólo para ganar dinero, porque pese a su crédito correspondiente nadie celebraba su trabajo. Además, debió soportar los caprichos de divas y divos, la terrible censura oficial y las veleidades de productores y directores. Dolido, dejó ese oficio para dedicarse de lleno al periodismo y la literatura.

El décimo y último volumen de la serie contiene *Cartas a Minerva*, cuentos inéditos escritos de 1942 a 1998, una miscelánea de textos difíciles de clasificar y un copioso álbum fotográfico. Se agrega una cronología e índices.

Quiero insistir en que hasta la aparición de estas *Obras reunidas* se había prestado escasa atención al trabajo de Ricardo Garibay, y a pesar de que mientras vivió sus libros circularon con cierta profusión, la crítica especializada hizo caso omiso de ellos. No existen ensayos serios, libros dedicados a su estudio. Vaya, ni siquiera tesis profesionales. Dije al principio que posiblemente ese alejamiento fue propiciado por el nada sereno carácter de Ricardo, que era explosivo, hiriente: no tenía pelos en la lengua para despedazar a quien le viniera en gana, ya en sus propios libros, ya en su labor periodística en medios impresos y electrónicos. Realmente, se le temía, y como él mismo confiesa a Iris Limón en el libro *Signos vitales de Ricardo Garibay* (Editorial Colibrí, 2000), se fue quedando sin amigos y vivió sus últimos días prácticamente s o-

lo, apenas rodeado de su familia y algunos alumnos. Por ese injustificado descuido de la crítica, parece pertinente remarcar la colaboración de los especialistas en las *Obras reunidas*. Son un gran paso para comprender mejor el mundo alucinante de Garibay, sin lugar a dudas uno de los narradores más importantes de México y de América Latina.

No está de más recordar que Ricardo nutrió la mayor parte de sus obras en su experiencia personal, en sus vivencias, al grado que es a veces difícil establecer cuál libro es ficción y cuál autobiografía; se imbrican de tal modo que podría decirse sin preocupaciones que, salvo un par de casos, *toda su obra* está compuesta por mosaicos de su vida. Sus temas preferidos son el amor en sus múltiples posibilidades, la presencia de Dios a pesar de sus distintas declaraciones en el sentido de que no era creyente, la infidelidad, la niñez, la muerte y sobre todo la mujer. Pocos escritores mexicanos parecen conocer tan de cerca a las mujeres y eso se explica si admitimos que el escritor vivió de manera donjuanesca, rodeado de amantes, sobre todo jóvenes. De eso da noticia Alejandra Atala en *Señor mío, Dios mío. Ricardo Garibay: la fiera inteligencia* (Océano, 2003).

En medio de esos asuntos, Garibay aborda temas sociales, políticos y aun farandulescos, pero no cabe duda que sus logros más grandes se consiguen cuando a su experiencia agrega sus envidiables dotes narrativas y su imaginación desbordada. Ya se dijo, es el mejor hacedor de diálogos y un maestro en la recuperación de lo más auténtico de los personajes y situaciones que conforman su obra. Luego, las *Obras reunidas* deben servir para revivir el interés por este escritor de cinco estrellas, de quien me quedo, sin desdeñar el resto de su producción, con sus novelas y sus crónicas. **U**

Ricardo Garibay, *Obras reunidas*, Océano / Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Conaculta, México, 2002-2005.

Vida y literatura van de la mano, y por eso sus obras están vivas, sacuden, conmocionan.